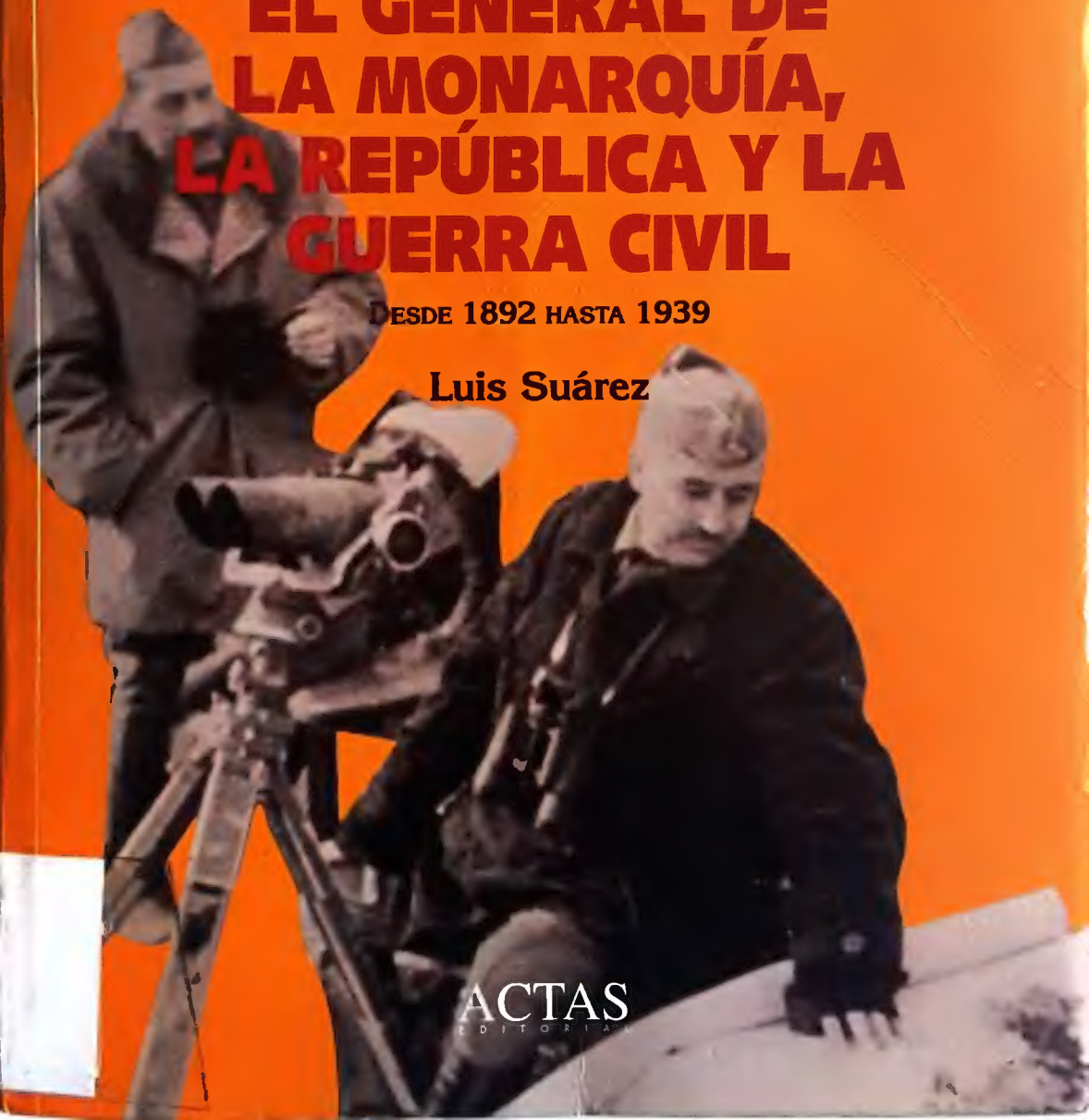
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

PRIMERA PARTE

FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

CAPÍTULO 12

LA TENTACIÓN RESISTIDA.

I. DICIEMBRE, 1935.

1. Meses cruciales, de importancia suma, y muchos ciudadanos españoles fueron conscientes de que los eran. Por eso los historiadores, para explicarlos, necesitan recurrir a toda su prudencia: dar razón de los acontecimientos no es lo mismo que dar la razón a sus protagonistas, y a veces se confunden estas dos tareas porque se les exije que tomen partido. Los lectores, prejuiciados en favor o en contra, suelen reclamar de los historiadores que *les den la razón*; se decepcionan si no lo hacen y propenden a rechazar sus argumentos. En el caso que nos ocupa hay un aspecto susceptible de causar sorpresa. Franco no tomó la iniciativa de ningún golpe de Estado y, hasta febrero de 1936, resistió las sugerencias que en algunas ocasiones se le hicieron; esto concuerda además con la actitud que observó en los meses siguientes, hasta julio: se sumó al Alzamiento pero su protagonismo en la preparación del mismo fue escaso y tardío.

Pasados veinte años, en uno de esos esquemas que esbozó de su puño y letra, hizo la secuencia de datos de estos meses del modo siguiente. El valor que tienen estas notas radica en que explican cuál era su memoria. Veámosla:

> «1935. Reunión del Komintern. Dimitrov. A por los Trescientos = Reunión de El Escorial: Jefe, Jefe, Jefe. Frente Popular en España. Intento de estado de guerra. Proclamación. Otro golpe de fuerza. Intento por Portela Valladares. Llamada de Portela por el capitán Santiago. Derrumbamiento de Portela. Traición de Pozas. Azaña al poder. Vuelta de Masquelet y destierro a Canarias = destierros. Mola a Pamplona».[1]

De acuerdo con este texto, Franco parecía entender que todo había dependido de los acuerdos tomados en el VII Congreso de la Komintern, que antes hemos mencionado. Pero tenemos constancia, por papeles de su archivo, que la documentacion de dicho Congreso no le fue enviada por la Entente Internationale hasta enero y febrero de 1936, en todo caso antes de las elecciones.[2] Los primeros síntomas de que

algo muy serio se avecinaba fueron anteriores, por lo menos de diciembre de 1934. El general, desde su despacho del Estado Mayor, vivió jornadas angustiosas que pueden ser reconstruidas con suficiente fiabilidad.

En su afán por destruir las posibilidades políticas de Partido Radical, único que podía prolongar la vida de los Gobiernos de coalición y la presencia de la derecha en el poder, los enemigos de Lerroux suscitaron un segundo escándalo al acusar a Nombela, antiguo subsecretario de la Presidencia, de haber malversado fondos pagando indemnizaciones indebidas. La comisión parlamentaria apreció la inocencia de Lerroux, pero culpó a Nombela (7 de diciembre). Deshecho el Partido Radical, Gil Robles decidió provocar la crisis (9 de diciembre) dando el paso definitivo. La calle se llenó de rumores que hablaban de proyectos de golpe de Estado, de indicios de asonadas populares, de elecciones anticipadas. Indudablemente Alcalá Zamora había fracasado en su proyecto, que consistía en lograr un Gobierno de coalición muy ligado a su persona, capaz de asegurar, con medidas de saneamiento, una opinión favorable en las elecciones que proyectaba. Durante dos días Alcalá Zamora debatió con Maura, Chapaprieta, Martínez de Velasco y Portela Valladares las posibilidades de repetir el Gobierno de coalición, pero ellos le desengañaron: ya no existía la mayoría imprescindible. En este momento el ministro de la Gobernación, Joaquín de Pablo Blanco, muy adicto a Alcalá Zamora, dispuso un gran despliegue de las fuerzas de policía, en especial en torno al Ministerio de la Guerra, como si temiera un golpe de Estado. Nos encontramos en el martes 10 de diciembre de 1935.

2. Gil Robles visitó a Alcalá Zamora en su despacho el 11 de diciembre para pedirle, como jefe del grupo parlamentario más numeroso, el encargo de formar Gobierno, asegurando que estaba en condiciones de garantizar un respaldo mayoritario en la Cámara. Pero el Presidente de la República se negó, aludiendo a la otra alternativa que le dejaba la Constitución de adelantar las elecciones. Era, al menos, dudoso que pudiera legítimamente hacerlo, pues ya una vez había disuelto la Cámara durante su mandato; tal ilegalidad, real o supuesta, sería utilizada más tarde por el Frente Popular para destituir a don Niceto. La discusión entre éste y Gil Robles fue destemplada y muchos pudieron oír las voces desde la antesala. El jefe de la CEDA advirtió que una disolución de las Cortes en aquellas circunstancias podía significar el comienzo de una guerra civil a corto plazo. Anuncio profético: faltaban 219 días para el 18 de julio de 1936.[3]

Al regresar a su despacho del Ministerio de la Guerra que habría de abandonar muy pronto, Gil Robles no ocultaba su cólera: desde su punto de vista el Presidente de la República había cometido una arbitrariedad, un auténtico golpe de Estado contra la Constitución pues el jefe del grupo parlamentario más numeroso tiene derecho a intentar la formación de un Gobierno, comparecer ante las Cortes y esperar a que éstas decidan, con sus votos, si le aceptan o no. La conducta del Presidente se explica, además de por su antipatía personal hacia la derecha –se han supuesto compromisos con otros sectores izquierdistas– por el convencimiento de que si alguien lograba formar un Gobierno estable y adoptar medidas que aliviasen la situación, tendría grandes probabilidades de arrastrar a la opinión pública a su favor.

El subsecretario, general Joaquín Fanjul, insinuó la posibilidad de que el Ejército se pronunciase para obligar al Presidente a cumplir con su deber. Gil Robles no

quiso tomar una decisión, pero le encargó que consultase a Franco y, al día siguiente, le transmitiese la respuesta.[4] Sabemos con precisión que aquella noche tuvo lugar una reunión en el despacho de Fanjul –no en el de Franco– y que en ella estuvieron presentes además del subsecretario y del jefe de Estado Mayor los generales Goded y Rodríguez del Barrio. Además de las *Memorias* de Gil Robles, en que éste incluyó una carta del Generalísimo del 2 de abril de 1937, Franco conservaba dos testimonios en su archivo que son extraordinariamente valiosos para los historiadores:

El primero es del 19 de julio de 1940 y fue incorporado a la Causa General:

> «La postura de Franco, según las impresiones que dio el general Goded al declarante, era la de que de ninguna manera que se diera la impresión de una militarada más; que él, Franco, no quería ensangrentar a España con una guerra civil sino conseguir con la presión moral del Ejército, los mismos fines de atajar la anarquía y el derrumbamiento de la Nación. Y únicamente en el caso de que la acción violenta de las fuerzas disgregadoras de España se convirtiera en realidad, entonces sí estimaba justificada, ante la Historia y su conciencia, la reacción legítima del Ejército para salvar a la Patria, ya que no quedaba otro remedio que el bisturí del cirujano».

El segundo corresponde al coronel Carlos Lázaro Muñoz, miembro de la UME desde 1935 y ayudante de Goded, y forma parte de la declaración que prestó en el juicio contra Luis Companys el 30 de diciembre de 1940. Dijo que Goded había tomado, desde hacía unos meses, una actitud favorable al golpe de Estado manteniendo contactos, a este fin, con Antonio Goicoechea, Pedro Sainz Rodríguez y Manuel Fal Conde. Mencionó y explicó, concretamente, la reunión habida en el despacho de Fanjul con resultado negativo y concluyó diciendo que cuando Franco fue a explicar a Gil Robles la decisión final, el ministro ya había abandonado su despacho.

Según parece era Goded el más decidido a pasar a la acción pero Franco «le convenció de que no podía ni debía contarse con el Ejército en aquellos momentos para dar un golpe de Estado».[5] Mientras Gil Robles pasaba, según testimonio propio, «una noche de angustia», su jefe de Estado Mayor apostaba por salvaguardar la legalidad. Era consecuente con lo que cuatro años antes había asegurado: que el Ejército no puede intervenir en querellas de partido o para favorecer a uno de ellos, aunque estuviese cargado de razón, sino únicamente cuando la nación o la Patria se encontrasen en peligro. La propaganda adversa a la CEDA interpretará este episodio como proyecto de golpe de Estado; parece que no se llegaba a tanto y sí sólo a una presión fuerte del Ejército sobre el moderador. Gil Robles pretendía, frente a la ilegalidad de la decisión del Presidente, recurrir a medios que tampoco eran legales, pero que aún no podían interpretarse como rebelión militar. Todo llegaría por sus pasos contados.

3. Alcalá Zamora, firme en su idea de salvar a la República mediante una coalición de grupos y partidos de centro-derecha, acudió finalmente, el 13 de diciembre, cuando las próximas fiestas navideñas permitían disponer de una tregua de un mes, a su amigo de siempre, Manuel Portela Valladares, para que formara un Gabinete de emergencia e ir a la convocatoria de elecciones puesto que no podía abrigar la esperanza de disponer de una mayoría en las Cortes. Gil Robles fue sustituido en el Ministerio

de la Guerra por un militar, el general Nicolás Molero, a quien expresamente se recomendó que retuviese a Franco al frente del Estado Mayor. No se identificaba a éste con la CEDA.[6]

«Producida la crisis –recordaba el Generalísimo– fue designado para Ministro de la Guerra el general Molero, un viejo y rudo soldado, que si no disfrutaba de un gran prestigio era hombre bueno e inofensivo que se portó correctamente los dos meses que duró su presencia al frente del Departamento. Mi estancia en el Estado Mayor se prolongó aún dos meses más».[7]

En la mañana del 14 de diciembre de 1935, Gil Robles pasó por su despacho para recoger papeles, porque no quería estar presente en la toma de posesión de su sucesor. Se improvisó una despedida por parte de todos los altos cargos del Ministerio, en la que Franco pronunció unas palabras y que se convirtió en un acto de adhesión. El cronista del diario vespertino *Ya*, que pertenecía como el matutino *Debate* a la ACNDP, haciendo la reseña, explicó que el general apenas podía contener las lágrimas: su breve discurso fue valeroso, ya que dijo que «nunca el Ejército se ha sentido mejor mandado que en esta etapa; el honor, la disciplina, todos los conceptos básicos han sido restablecidos y han sido encarnados por Vuestra Excelencia».[8] Fanjul, Goded y Varela acompañaron después al ex-ministro hasta su domicilio.

Se abrió un paréntesis. Apenas transcurridas dos semanas, el 30 de diciembre de 1935, al término de un Consejo de Ministros que terminó en abierta ruptura, Portela Valladares presentó la dimisión y formó un nuevo Gabinete compuesto exclusivamente por sus amigos, sin intención de comparecer ante la Cámara: el 2 de enero decretó la suspensión de ésta por un mes más, y el 7 de dicho mes, cuando los plazos normales se agotaban, obtuvo del Presidente el decreto de disolución. Las elecciones fueron convocadas para el 16 de febrero en la primera vuelta y el 23 en la segunda. Era una victoria para las izquierdas que venían reclamando tal convocatoria: se apresuraron a anunciar (15 de enero) que concurrirían formando un solo bloque.

II. LAS OPCIONES PREELECTORALES.

1. «Las elecciones iban a ser un nuevo salto en el vacío. El ambiente de pasiones en que iban a efectuarse, y los compromisos, contubernios y venta de la Patria para lograr el poder que contraían los hombres de partido con separatistas, anarquistas y revolucionarios, no presagiaban nada bueno. Cada elección constituía el conato de una nueva revolución. Las elecciones iban a tener lugar en el ambiente más torpe y desagradable: las fuerzas de derechas levantaban la bandera conservadora y antirrevolucionaria, las izquierdas organizaban en el Frente Popular la revolución. Por mucho que fuese el optimismo de las derechas la situación no podía ser más grave. Un triunfo, siempre posible, del Frente Popular constituiría la iniciación de un nuevo proceso revolucionario. Ojo, lo del comunismo».[9]

Con esta frase, sin duda, aludía Franco a los informes que estaba recibiendo, como ya dijimos, de la Entente Internationale Anticommuniste, que arrojaban nueva luz sobre los proyectos de la izquierda. La izquierda, entendida en su sentido más amplio, había creído, después del fracaso de 1933, que necesitaba aparecer unida, sin fricciones, en las urnas a fin de salvaguardar el caracter «revolucionario» de la

República, pues sólo de este modo podía evitarse «la reacción». De este modo, «reacción», se llamó sistemáticamente a las fuerzas de la derecha desde, al menos, 1934. La revolución de octubre no produjo desconfianza en los sectores moderados, pese al inequívoco aspecto de dictadura del proletariado que revistió, sino, al contrario, aceleró las perspectivas de unión. El 24 de mayo de 1935, Manuel Azaña, tras haber consultado con Indalecio Prieto, formuló la propuesta: frente único, listas únicas para garantizar la victoria.

Pero la idea no era suya. Había sido lanzada en 1934 por la Internacional comunista, y su primer ensayo, en Francia, tomó ya el nombre de Frente Popular.[10] En labios de Azaña significaba algo muy distinto: cerrar el paso a la derecha católica para garantizar el laicismo republicano. Al término del VII Congreso de la Komintern en Moscú, al que hemos aludido ya varias veces, el camarada Dimitrov propuso que se diese a todos los partidos comunistas la consigna de integrarse en esos «Frentes Únicos» que, como explicaría el editorial de la *Pravda* del 6 de agosto, eran sólo «una forma de transición importante» hacia la dictadura del proletariado.[11] Analizando las causas del fracaso de la revolución de octubre, a pesar del informe optimista de los dirigentes del PCE, que protagonizara su última fase, se llegó a la conclusión de que el comunismo no estaba en condiciones de triunfar por sí mismo.

El Partido había crecido en España, pasando de 3 a 30.000 afiliados entre 1931 y 1935; pero más velozmente crecía Falange Española. Lo que Jorge Dimitrov quería advertir era que la victoria nunca podría alcanzarse por la vía de las urnas y que era indispensable utilizar a otros para llegar al poder. «Camaradas: acordaos de la antigua leyenda de la caída de Troya... el ejército que atacaba no pudo obtener la victoria más que penetrando en el corazón del enemigo... Nosotros, trabajadores revolucionarios, no debemos dudar en emplear la misma táctica contra nuestro enemigo fascista». La situación no variaba en otros países: el informe que presentaron los delegados españoles, Evaristo García y Juan Ventura Rodríguez, completado con otros, vino a revelar que en los países capitalistas el comunismo contaba con 785.000 afiliados. No mucho para aspirar a mayorías, pero más que suficiente para desatar una revolución. José Díaz y Dolores Ibarruri, «la Pasionaria», fueron elegidos miembros del Comité ejecutivo de la Internacional, en que figuraban también Mao tse dong, Gottwald, Tchou-en-lai, Marty, Thorez y otros dirigentes que no tardarían en adquirir renombre universal.

Para los dirigentes de la Internacional, el jefe idóneo de la coalición marxista tenía que ser Largo Caballero. Desde el periódico *Claridad* y desde la revista *Leviatán*, que dirigía Luis Araquistáin, Largo Caballero explicó a sus lectores cómo había experimentado un proceso de maduración que exigía del partido socialista su «bolcheviquización». Esta postura sería abandonada y rechazada con energía más tarde, al comprobarse que los verdaderos bolcheviques, es decir, los comunistas, se estaban sirviendo del PSOE para llevar adelante sus propósitos, como hicieran antes en la URSS con los mencheviques, pero en 1935 y 1936 el «caballerismo» era simplemente una propuesta para establecer un sistema soviético en España.[12] Esto preocupaba a Azaña y así lo señaló a Prieto: la presencia de comunistas en el Frente Popular «espantaría a los electores y desnaturalizaría, en perjuicio nuestro, la coalición».[13] Aunque Prieto compartía este punto de vista no pudo impedir que Largo Caballero, que disponía de apoyos muy amplios, especialmente en la UGT y las Juventudes que

dirigía Santiago Carrillo, impusiera la aceptación. EL PCE entró en el Frente Popular. El 15 de diciembre de 1935, Prieto, que acababa de regresar de su exilio en París, quemó su último cartucho en la Ejecutiva del Partido, pero al final tuvo que ceder.

El Frente Popular español, cuya existencia se hizo pública en enero de 1936, era muy diferente en varios aspectos de su composición del que existía en Francia, aunque los dirigentes de ambos alardeasen de identidad. Mucho antes de la convocatoria de elecciones se habían producido discursos, reuniones y hasta pequeñas violencias que tendían a dar sensación de fuerza y de decisión. Estaba compuesto por cinco grupos bastante dispares: Izquierda Republicana de Manuel Azaña; Unión Republicana de Martínez Barrio –grupo desgajado de los radicales como sabemos–; Partido Socialista Obrero Español; Partido Comunista Español; y también los anarquistas y trotskistas que, aunque no firmaron el pacto, manifestaron que pasarían abiertamente a ordenar a los suyos que votasen la candidatura conjunta.

Uno de los errores en que con frecuencia incurren los comentaristas, e incluso los historiadores, consiste en contemplar los sucesos de 1935 y 1936 desde una perspectiva posterior, como si los acontecimientos que sobrevinieron fuesen resultado de un programa previamente establecido, cuando ese programa nunca existió. Los cinco grupos no podían tener un programa común salvo el de una defensa contra la derecha y contra la Iglesia católica: era evidente que esta derecha iba a contar con mayor número absoluto de votos que en 1933, de modo que el único modo de impedir su victoria era arrojar a las urnas todos los que se les oponían sin tener en cuenta las diferencias entre unos y otros, que eran abismales.

2. Los sueños de Alcalá Zamora de enderezar el rumbo de la República mediante la consolidación de un gran sector del centro, fracasaron: no podía ser de otra manera porque la población española estaba derivando peligrosamente hacia posiciones extremas irreconciliables. Con sus acciones precipitó, precisamente, el final que quería evitar. Los esfuerzos de Gil Robles para convencer a sus adversarios, que no se proponía otra cosa que cumplir la Constitución, haciendo efectivo el relevo entre partidos, fracasaron también, dejando tras de sí una secuela de decepciones: los entusiasmos que dos años antes despertara el dirigente de la CEDA especialmente entre los jóvenes, se habían enfriado. Se fabricaron slogans estimulantes como aquel triple grito de «Jefe, Jefe, Jefe» o «A por los trescientos», que darían origen a comentarios burlescos.

La derecha no se unió: tenía ya entonces el handicap de que los partidos nacionalistas en Vasconia y Cataluña restaban votos que sociológicamente eran de la derecha y no en cambio de la izquierda, con la que pronto se mostrarían dispuestos a pactar si se les garantizaban concesiones. Las opciones políticas tendían a revestirse de valores religiosos, aunque la Iglesia se mostró más aséptica que en 1933: de un lado quedaban ya el marxismo y el laicismo; del otro los católicos. La CEDA no quería extremar las cosas. Pero el 8 de diciembre de 1934 José Calvo Sotelo y Pedro Sainz Rodríguez crearon el Bloque Nacional, como un proyecto que era el católico militante, antiparlamentario sin totalitarismo, monárquico sin rey, un tanto a modo de Maurras. Calvo Sotelo no creía que hubiera salvación dentro del sistema republicano y lo rechazaba en bloque. Respecto a las elecciones afirmó: «Dios o ateísmo; autoridad o anarquía y comunismo. En España hay derechas o izquierdas; centro no».[14]

Tampoco los tradicionalistas que contaban con fuerza electoral en el País Vasco y Navarra se sumaron a la CEDA, aunque algunos simpatizantes votasen a ésta fuera de aquellas regiones por falta de candidatos.

Para la derecha oficial gilroblista, Falange llegó a ser verdaderamente un problema: no le gustaba aquella dialéctica contundente pero iba comprobando cómo entre los jóvenes resultaba cada vez más atractiva. Sin embargo temía que la doctrina social anticapitalista y las alusiones a la corrupción reinante les hicieran perder votos en caso de aceptar a la Falange en sus filas. En noviembre de 1935, al reunirse el II Consejo Nacional, José Antonio y Ruiz de Alda defendieron el criterio de que en las próximas elecciones debían buscar alianzas, especialmente con el Bloque Nacional, aunque muchos de sus correligionarios rechazaban la idea. Hubo negociaciones con la CEDA que se mostró dispuesta a incluir tres, o a lo sumo cuatro nombres, pero no más. Al final los falangistas concurrieron solos, en Madrid y otras 18 provincias: la propaganda electoral insistía sobre todo en la necesidad de una reforma agraria, distinta de la de los azañistas, pero eficaz para crear propietarios, una promoción de la industria local y el logro del pleno empleo. Los líderes de la derecha se encolerizaron con Falange pensando que iba a restarles votos. Era un temor exagerado.

3. En su manifiesto electoral, el Frente Popular utilizó numerosas expresiones destinadas a tranquilizar a la burguesía conservadora y a servir de pauta en los comentarios de los corresponsales de prensa extranjeros. Pero la propaganda oral y escrita se caracterizó por la violencia y la extremosidad de las palabras: uno de los argumentos fundamentales era el de liberar a los «30.000 prisioneros que languidecen injustamente en las prisiones españolas»;[15] con él se consideraba que la revolución de octubre era base legítima de partida para el cambio que se preconizaba. Si la prisión es injusta quiere decirse que el preso es inocente. Esto es lo que proporciona a las elecciones de 1936 su verdadero perfil: no se buscaba un relevo de partidos en el poder dentro de la Constitución sino la victoria que no habían podido lograr los revolucionarios de 1934 y que debía conducir a la implantación del socialismo en España. Todos los odios que se desataron inmediatamente después aparecen ya en los discursos de los políticos.

Veamos, primero, el juicio posterior de Franco:

> «Llegó, por fin, el día señalado para las elecciones y con él la incertidumbre consiguiente. Se consideraba de gran trascendencia la actitud que tomasen los sindicatos de la CNT y de la FAI que por su filiación anarquista y simplemente sindical y en rivalidad con los sindicatos marxistas, solían abstenerse en las elecciones. Sin ellos se consideraba seguro el triunfo de las derechas, si éstos votaban y se echaban en la balanza del lado del Frente Popular, el triunfo de éste era casi seguro. El dinero parecía moverse para la compra de los directivos de estas organizaciones y la ventaja, aunque resulte paradójica, estaba en los que disponían del dinero ajeno, de los fondos que Rusia destinaba a la revolución y los millones adquiridos con el saqueo del Banco de España de Oviedo que habían ido a engrosar los fondos del partido socialista. Las cantidades que las aportaciones de los partidos de derecha habían podido reunir eran harto más modestas. La consecuencia fue que

aquellas organizaciones votaron y las elecciones se perdieron para los partidos del orden, pese a contar con mayoría en el país, por el egoísmo de los partidos y la falta de unidad frente a los peligros».[16]

Ahora veamos el discurso que Largo Caballero pronunció, el 12 de enero de 1936 en el cine Europa de Madrid –un local que utilizaban todos los partidos– declarando con absoluta claridad que «la República no es la estación de término para nosotros, que la conceptuamos como una de tantas en las que hemos de descansar para continuar nuestro camino».[17] En otro discurso, esta vez en Alicante, afirmó que si las derechas ganaban aquellas elecciones «tendremos que ir forzosamente a la guerra civil declarada». Con la mayor sinceridad ambos bandos hablaban de guerra civil en aquellos días. El Frente Popular no ofreció someterse al orden constitucional: se proponía conquistar el poder e impedir que sus adversarios pudieran nunca recuperarlo. Ningún historiador, si quiere presentar la verdad de lo que entonces ocurrió puede dejar de tener en cuenta estas posturas.

Es cierto, y muy significativo, que las expresiones de violencia no aparecen en los discursos de Azaña ni en los de sus colegas como Diego Martínez Barrio. Con ello daba la sensación de que, después de la victoria electoral, iba a producirse un segundo enfrentamiento entre sectores del Frente Popular, hasta llegar a establecerse cual de ellos dominaría la política: los atemorizados miembros de la derecha, viendo cómo se precipitaba la toma del poder con manifestaciones en la calle, sin esperar a la segunda vuelta a fin de aprovechar ésta para desmantelar todas las opciones que no fuesen frentepopulistas, cómo Alcalá Zamora era destituido, Manuel Azaña «elevado» a una anodina Presidencia de la República e Indalecio Prieto supeditado a Largo Caballero, se convencieron de que la revolución iba a comenzar y que tenían que oponerse a ella con las armas, antes de que fuera demasiado tarde. Miedo y odio son los elementos de que se compone la crueldad.

4. En enero de 1936 el general Franco hizo un viaje a Inglaterra, única vez en su vida, formando parte de la delegación oficial española para los funerales de Jorge V y la presentación de testimonio de amistad a su sucesor, Eduardo VIII. Imposible imaginar entonces qué extrañas circunstancias harían que este príncipe, habiendo abdicado, pasara por Madrid, huyendo de la guerra. Eduardo recibió a Franco en visita protocolaria el 25 de enero de 1936: el general se alojó, durante su estancia en Londres en el hotel Claridge y aún se conserva una curiosa fotografía en que aparece inmediatamente detrás del mariscal Tujachevski, que no tardaría en desaparecer, víctima de las depuraciones stalinistas, tan hábilmente estimuladas por los servicios secretos alemanes. Tiempo de intrigas oscuras, a menudo ignoradas.

Franco hizo la travesía del Canal de la Mancha en compañía de Antonio Barroso, que ostentaba el grado de comandante y era agregado militar en París. La relación alcanzaría, como tendremos ocasión de explicar en su momento, dimensiones importantes ya que, después de la Guerra Civil, Barroso habría de regresar a ese puesto para aprovechar las importantes conexiones logradas. Al regresar, en la cubierta vacía del barco, azotado por la lluvia y viento invernales del mar del Norte, el general hizo a Barroso algunas confidencias. Le habló de los informes que acababa de recibir acerca del VII Congreso de la Komintern y también le confesó que no creía imposible que el

Frente Popular alcanzase la victoria. En este caso, añadió, el Ejército debería prepararse para lo peor. Por último, esta confidencia: «si se entera Vd. de que me dirijo a África, eso significará que hemos decidido que el único remedio es un alzamiento».

En París, donde permaneció dos días, Franco tuvo una conversación bastante larga con el famoso medico Gregorio Marañón, el cual tuvo la certeza bastante completa de que aunque el general tenía serios temores de que los comunistas pudiesen acceder al poder en aquellas elecciones, de ninguna manera estaba dispuesto a adelantarse a ellas con un golpe de Estado.[18]

III. EL RESULTADO DE LA VOTACIÓN.

1. Convengamos de antemano que es muy difícil establecer con precisión las cifras exactas que reflejaron las elecciones de 1936. En numerosas ocasiones posteriores Franco, refiriéndose a ellas, dijo que habían sido fraudulentas, pero era una descalificación propagandística que las derechas practicaron con abundancia y no podemos asegurar ni siquiera que él lo creyera así. Fueron, sin duda, confusas porque la ley electoral vigente también lo era. En honor a la verdad tenemos también que reconocer que esa misma ley había permitido a la CEDA su victoria de 1933 y entonces no manifestó descontento alguno. Veamos algunos de los elementos de confusión. Como sucede en la mayor parte de los sistemas de democracia inorgánica y representativa, la ecuación un hombre un voto no podía respetarse porque hubiera conducido a tal equilibrio entre las fuerzas presentes que el país habría resultado ingobernable. Se consideró imprescindible establecer mecanismos correctores primando a las mayorías. El actual sistema español, que es todavía más complicado, así lo hace.

De aquí nacían algunas distorsiones. Por ejemplo, un partido regional que tuviese concentrados sus votos en dos o tres provincias, tendría una representación parlamentaria bastante notable; otro, repartido por toda la nación, con tres o cuatro veces más votos, no tenía representación alguna. Las listas de candidatos eran abiertas, de modo que podía ocurrir que se votase no en favor de un partido sino de una persona concreta lo que era frecuente en localidades pequeñas, donde el nombre atraía más que el programa. Por esta causa resulta sumamente difícil atribuir con seguridad el voto a cada partido. La abstención cobraba mucho relieve ya que los votos emitidos eran los que permitían al candidato mayoritario atribuirse un porcentaje también mayor. Así pues la diferencia entre el número de escaños conseguidos y el número de votos era enorme: se estaba creando la conciencia de que un grupo heterógeneo y dispar en sus planteamientos, si se presentaba unido podía capitalizar en abrumadora mayoría de escaños lo que era también una votación de exigua superioridad.

Por otra parte las listas del censo estaban muy mal hechas, y la comprobación de la identidad de los votantes por medio de un documento, la «cédula personal» que no llevaba fotografía, se prestaba a errores y abusos. Todos los mayores tenemos noticia de miembros de nuestra propia familia que pasaron por la sorprendente experiencia de comprobar que otro había votado por ellos, sin que fuera posible rectificar. Impugnaciones a montones y falsedades también: bastaba con dar dinero a cambio del préstamo de la «cédula» durante unas horas. Personas que habían cambiado de domicilio aparecían, por deficiencias administrativas, en dos listas diferentes.

Dato importante a tener en cuenta: en aquellos distritos en que ningún candidato hubiese obtenido el 40% de los votos emitidos, la votación tenía que repetirse el domingo siguiente, que sería 23 de febrero. Ésta era la segunda vuelta de la que realmente dependía el resultado final de las elecciones y la constitución de los grupos parlamentarios. Se sobreentendía que el Gobierno provisional que se encargaba del proceso electoral debía hacerlo hasta que éste concluyese del todo, pero esto, como veremos, no sucedió así.

2. Las elecciones de febrero de 1936 han sido investigadas desde muy diversos ángulos, pero el análisis que de las mismas han hecho investigadores especializados – cuando se prescinde de cualquier apasionamiento– no hace más que alimentar la perplejidad en el historiador. Aquí nos proponemos, sobre todo, tener en cuenta el efecto que este episodio llegó a ejercer sobre la conducta de Franco, ya que el objeto de este estudio no es sino explicar y encuadrar a este hombre y su política. Hasta donde sea posible también nos proponemos indicar cómo sus opiniones convergían o divergían de la realidad. La imprecisión de las nóminas y de los cómputos por las razones antes explicadas es tan grande que cada uno de los bloques en litigio pudo disponer de argumentos para acusar a los adversarios y exculpar a los suyos.[19] Aparte de los datos cuantitativos hay un aspecto que, en la manera de ser y de pensar de un militar riguroso, como era Franco, revestía gran importancia: la agresividad de que se hizo gala durante la campaña electoral hacía suponer que no se trataba de una consulta a la voluntad de los ciudadanos con respeto a las diversas opiniones sino de una guerra a muerte. Cada bloque parecía aspirar, nada menos, que a la destrucción de su contrario.[20] Sensación que se agravó después.

El país se cubrió de carteles agresivos que invitaban al odio, de denuncias contra la represión: la revolución de octubre se presentaba como el gesto heroico que anunciaba la próxima victoria. Las derechas hablaban del peligro rojo y las izquierdas, que elogiaban desmesuradamente el sistema soviético, del fascista. Largo Caballero llegó a evocar el próximo «día de la venganza, en que no dejaremos piedra sobre piedra». Conforme pasaban los días la violencia verbal iba aumentando de tal modo que los oradores del Frente Popular llegaron a convencer a amigos y enemigos de que su victoria, de producirse, provocaría un cataclismo revolucionario con sangre y justicia popular que traería la muerte a burgueses y capitalistas. Unos días antes de las elecciones, Franco envió a Marruecos al teniente coronel González Badía para que advirtiese a Mola de la necesidad de tener algunas tropas preparadas para la acción si los revolucionarios intentaban volver a plantear la lucha en la calle como se temía. Por los informes acerca del contenido de los discursos, el jefe del Estado Mayor pensaba que el Frente Popular no iba a aceptar el resultado de la consulta si no le era favorable y que, con votos o sin ellos, iría al asalto al poder. La República de abril estaba definitivamente muerta.

Otro de los capitales defectos del sistema electoral establecido se hallaba en las impugnaciones: correspondía únicamente a las Cortes, una vez constituidas, resolverlas. De este modo si un partido lograba mayoría podía multiplicar las denuncias por fraude obligando a una repetición y despojando de escaños a sus adversarios; no se trata de una observación teórica sino de algo que de hecho sucedió. Por todas partes asomaba esta evidencia con el temor subsiguiente: si uno de los bandos alcanza-

ba el poder antes de la segunda vuelta podía sacar mucho partido de la superioridad que esto proporcionaba.[21]

Muchas personas, entre ellas el propio Francisco Franco, se preguntaron cómo era posible esto: que aquellos mismos que se alzaran en armas contra la República obligando al Ejército a combatirlos, se corvirtiesen ahora en dueños legales de esa misma República que habían jurado destruir.[22] Se repetía en España el mismo juego que en 1933 permitiera, con grandes protestas en este caso por parte de la izquierda, a los nazis adueñarse del poder y luego destruirlo. ¿Qué garantías podían subsistir ahora para esa media España, contando el número de votos, a la que se privaba de toda participación en las decisiones? Pues cualesquiera que sean las cifras que finalmente aceptemos, incluyendo las que dio el Frente Popular, el resultado era el mismo: una diferencia que, según los vencedores, no llegaba a 400.000 votos se traducía en la Cámara en el despropósito siguiente: 227 escaños para el Frente Popular y sólo 88 para la CEDA que, por medio de impugnaciones, fue despojada de otros 32; todas las impugnaciones, sin excepción alguna, se fallaron en favor del Frente Popular. Ahora la mujer del César ni siquiera se preocupaba de parecer honrada.

3. No tratamos aquí de analizar con detalle los defectos inherentes a un sistema electoral determinado –todos presentan algunos, serios– sino de reconstruir cuál era la conciencia de la derecha, que se sentía víctima de un fraude. Si se hubiera tratado de una situación normal, como aquéllas en que se dirime tan sólo quién debe ocupar el poder durante un tiempo, tal conciencia no hubiera revestido la gravedad que entonces presentó. Pero aquellas elecciones no se habían planteado como pacífica consulta sino como una especie de plebiscito entre orden y revolución. Gil Robles señaló que había logrado, con su partido, mayor número de votos que en 1933, lo que era cierto, y que ningún otro –el Frente Popular no era un partido, ni tenía programa– estaba en mejores condiciones que él para gobernar. El radicalismo de Lerroux y el sueño de centro de Alcalá Zamora se habían esfumado. La arbitrariedad manifiesta, con abuso de la ley, que apareció en la cuestión de las impugnaciones y las amenazas que muy pronto se formularon contra personas y bienes acabaron de convencer a la derecha de que sus días estaban contados.

Dentro del Frente Popular los liberales de izquierda descubrieron muy pronto que iban a convertirse en meros compañeros de viaje del socialismo, cuyos dirigentes no ocultaron que, para ellos, las elecciones de febrero eran sólo una oportunidad para destruir el sistema liberal parlamentario. Azaña y Giral se asustaron.[23] Un testigo importante, el ayudante de Goded, Carlos Lázaro, revelaría que los primeros contactos entre Cabanellas y Mola, al margen de la UME y de otros sectores políticos, presentaba como objetivo proporcionar a los moderados de la izquierda apoyos para contener la revolución. Dicho testimonio, que fue formulado en diciembre de 1940, no puede tomarse como apodíctico, pero aporta una posible explicación de la famosa llamada de Martínez Barrio a Mola el 18 de julio.

Grupos de extremistas, que pertenecían a sectores no parlamentarios, trataron de hacerse dueños de la calle desde la tarde misma del 16 de febrero, creando una sensación de inseguridad. Ésta pertenece al recuerdo de quienes vivieron aquellos días y desde luego no se encuentra en los libros, excesivamente abstractos.

IV. CINCO DÍAS DE FEBRERO.

1. Las acciones que el general Franco realizó durante estos cinco días en que la República giró hacia una inevitable guerra civil, han sido expuestas con claridad en varias ocasiones y no ofrecen dudas importantes.[24] Permaneció en su despacho del Ministerio de la Guerra, desde donde se contemplaban la calle de Alcalá y plaza de Cibeles durante la mayor parte del día 16 de febrero, pese a ser domingo. Los colegios electorales cerraban a las cuatro de la tarde y comenzaba el escrutinio de votos que, dados los métodos de entonces, era lentísimo. Desde las siete de la tarde, noche cerrada en aquella estación del año, grupos de manifestantes comenzaron a adueñarse de las calles anunciando una victoria del Frente Popular que todavía resultaba imposible conocer. Abundaban saludos con el puño en alto y, por primera vez, se gritaba ¡viva Rusia!, entendiendo por tal la de Stalin.

> «La noche del domingo de las elecciones –así escribió Franco permitiéndonos asomarnos a su pensamiento desde recuerdos lejanos– fue trágica en el Ministerio de la Gobernación, donde iban llegando las noticias de las provincias. Las impresiones eran malas en las capitales principales y el pánico iba cundiendo entre las autoridades gubernativas. El propio ministro de la Gobernación (Portela Valladares era también Presidente del Gobierno) que había presidido la consulta electoral, se encontraba deprimido y vacilante. La revolución llamaba a su puerta y no sabía qué resolver».
>
> «Eran las siete de la mañana cuando una llamada a la puerta de mi domicilio me puso en pie. Era un aviso que recibía del Sr. Gil Robles dándome noticia de la situación. Había pasado la noche en el Ministerio de la Gobernación y me informaba de la situación vacilante y deprimida del ministro de la Gobernación al que creía ver vacilante ante las presiones. Si había de hacerse algo, no había tiempo que perder».
>
> «Para los que habíamos seguido de cerca el proceso del comunismo y conocíamos los acuerdos del Commintern de noviembre de 1935, la cuestión se presentaba bien clara: la táctica comunista del Frente Popular había ganado su primera batalla. La revolución iba a ser desencadenada en España desde el poder. Iba cumpliéndose de manera rigurosa lo que se había anunciado, hoy ya no cabía duda de dónde nos conducía».[25]

Lo sucedido era que Gil Robles había conseguido entrevistarse con Portela Valladares a las cuatro de la madrugada del que ya era día 17 de febrero y le encontró absolutamente desfondado. La operación en que tanto él como Alcalá Zamora confiaran había conducido a un desastre que les dejaba incluso fuera de todo juego parlamentario y no se sentía con ánimos para luchar por una causa que ya no podía ser la suya: en lógica de políticos sólo quedaba congraciarse con los que se consideraban vencedores. Informó de la gestión de Gil Robles al Presidente de la República. Por su parte Franco, alertado tres horas más tarde, puso en funcionamiento sus contactos con la UME –«mandé al emisario que avisase al coronel Gallarza para que estuviese alertado y tuviese previsto el aviso a las provincias si era necesario»– y se

encaminó de inmediato al Ministerio de la Guerra para «prevenir el que no pudiéramos ser desbordados».

Gil Robles estaba solicitando del presidente del Consejo un decreto de Estado de Guerra a fin de garantizar rigurosamente el orden público hasta que se hubiese completado, con la segunda vuelta, el proceso electoral: era, a su juicio, el único medio de evitar una nueva toma del poder desde la calle o un fraude en el recuento de votos. Pero Portela, desde cuya secretaría se había enviado a la prensa una noticia acerca de la victoria del Frente Popular en Barcelona, que todavía no había podido comprobarse, habló por teléfono con Alcalá Zamora y recibió de éste instrucciones negativas.[26] Ahora pasaba a Franco la misión de intentarlo.

2.

> «La primera medida que consideraba necesaria era la del mantenimiento del orden y del poder público que cortase que los elementos revolucionarios se aprovechasen de la depresión y vacilaciones de las autoridades gubernativas en evidente crisis y dar tiempo a que verificados los escrutinios se formase un Gobierno responsable con autoridad. Para ello consideraba que lo más conveniente era la declaración del estado de guerra en las principales capitales y que en esa crisis de las autoridades civiles fuese la militar la que garantizase el orden. Me trasladé a mi despacho donde empezaban a llegar las primeras noticias de los conatos de algaradas y manifestaciones de los barrios. La guardia de un cuartel acusaba tiroteos en las proximidades. En la casa de Socorro de su distrito habían curado varios heridos. Una manifestación que llevaba a hombros a un guardia civil con el puño cerrado caminaba hacia el Ministerio de la Gobernación gritando: ¡A Gobernación, a Gobernación!».

Franco decidió plantear la cuestión al ministro, Molero, que habitaba en el mismo edificio. Mientras esperaba el momento,

> «desde las primeras horas de la madrugada venía tomando mis precauciones. Era esencial que las fuerzas de orden público bajo mando de Jefes militares estuviesen prevenidas para lo peor. ¿Lo estarían? Tenía motivos para dudarlo. La elección, que la República hacía, no podía ser más desdichada: gustaba de los hombres serviles sin escrúpulos, de escasa o nula personalidad, fáciles para sus intrigas y violencias. De aquéllos Jefes apenas trataba al teniente coronel que mandaba los Guardias de Asalto a la sazón (así había bautizado la República a las fuerzas de policía armada) pero tenía sobre él gran influencia un acreditado abogado perteneciente al Cuerpo Jurídico Militar, que había sido cónsul en Tetuán en mi juventud, con ambición política, que era tío de un excelente compañero con el que me unía estrecha amistad. A este último comisioné que llevase al ánimo de su tío la necesidad de que aconsejase al jefe de los guardias, dado lo grave a que podía llegarse, de que se pusiese en contacto con el Jefe del Estado Mayor del Ejército».
>
> «Con el Director de la Guardia Civil tenía una vieja relación a través de mi carrera y aunque su conducta acomodaticia y servil me ofrecía reservas, le otorgaba pese a ello un espíritu militar de soldado consciente de sus deberes. El mando que ejercía sobre todas las fuerzas de la Guardia Civil, la más

numerosa en calidad y la de legendario buen espíritu, le hacía más trascendente en aquellos momentos. Fue por tanto al que primeramente me dirigí. Le llamé al teléfono y le transmití mi inquietud por lo que pudiese ocurrir, la urgencia de que tuviese tomadas previsiones ante cualquier golpe de sorpresa y la conveniencia de que mantuviésemos un intenso enlace en los momentos críticos que esperaba en evitación de que pudiesen ser rebasados por los acontecimientos. Le pregunté si había tomado medidas de prevención, escuchándole con asombro que no las creía necesarias. Y al notificarle las algaradas y manifestaciones que marchaban hacia Gobernación, me respondió con inconsciencia que no creo: "¡alegría republicana!". Hice que no me apercibía de su inconsciencia y le reiteré la necesidad, pese a su optimismo, de que él, como Director de la Guardia civil y yo como Jefe de E.M. del Ejército estuviésemos en contacto. Había fallado el hombre que yo buscaba, había que buscar más arriba quien le mandase o influyese».[27]

3. «Visité al Ministro –continúa el relato de Franco– en sus habitaciones particulares, que se encontraba completamente ajeno a la inquietud y responsabilidad de los momentos que vivíamos. Le transmití mis inquietudes y su responsabilidad como miembro del Gobierno y ministro del Ejército si no se tomaban las previsiones obligadas en estos casos: que lo mismo que la Monarquía fue rebasada, podía serlo la República por el comunismo. Se defendía de mis apremios con la responsabilidad del Jefe del Gobierno del que él era un subordinado. Yo le repliqué que como ministro de la Guerra y Jefe del Ejército en aquellos momentos le correspondía tomar las medidas preventivas en evitación de una catástrofe. Le recordé el optimismo de Kerenski y su gobierno y cómo la falta de previsión trajo el comunismo ruso; encarecí su responsabilidad ante los compañeros, en calidad de militar y, ante su resistencia, le recordé sus años avanzados y la suerte que podían correr los suyos, su esposa y su pequeña hija, que yo era joven y lucharía contra el comunismo hasta morir, pero cuál sería la suerte de los débiles. Esto pareció conmoverle y me preguntó ¿qué era lo que yo creía que tenía que hacer? Provocar una reunión urgentísima del Consejo de Ministros o de él con el Presidente del Gobierno y en ella tomar la decisión de declarar el estado de guerra para asegurar el traspaso pacífico de poderes y garantizar el orden; le redacté un guión para su conversación telefónica con el Presidente y ante mí tuvo lugar esta conversación y se decidió la reunión del Consejo para las diez de la mañana».

Cuando Gil Robles abandonaba el Ministerio de Gobernación, fracasada su conversación con Portela Valladares, se cruzó con el diputado de Izquierda Republicana Enrique Ramos y sospechó que éste venía a acelerar la transferencia del poder. De cualquier modo Azaña temía evidentemente algún tropiezo. Alcala Zamora recuerda en sus *Memorias* que los decretos para el estado de guerra estuvieron preparados y aun firmados; pero las vacilaciones y dudas se incrementaban ante las noticias de violencias y desmanes que se estaban registrando. Había incluso el temor de que una decisión precipitada provocara el estallido de la revuelta.

«Los momentos podían ser tan difíciles –volvemos al texto de Franco– que no había descuidado (yo) ninguno de los resortes que pudiesen ejercer acción sobre la situación. El principal era, si era verdad el estado de vacilación del Presidente, el decidir a éste a tomar las medidas, si éste se negaba o resistía, conservar la fuerza, última representación del poder. Para lo primero era necesario tener una conversación urgente con el Presidente del Gobierno y que a ser posible la iniciativa de la entrevista pudiese partir de él. Para ello decidí utilizar las extraordinarias condiciones de un excelente amigo exministro liberal en la Monarquía, que por su vieja amistad con el Presidente del Gobierno podía llegar a él con toda rapidez. Con este fin envíe a primera hora de la mañana a buscarle con un ayudante».

Este ex ministro mencionado por Franco era Natalio Rivas. Aunque Franco, en estos apuntes muy posteriores que estamos siguiendo, tiende a exagerar su protagonismo como sucede a todo autor de memorias, es indudable que en aquella mañana del 17 de febrero estuvo dispuesto a poner en marcha el dispositivo militar para *un golpe de Estado desde la legalidad*, es decir, si don Niceto Alcalá Zamora se decidía por esta solución que, desde luego, no obligaba a suspender el mecanismo electoral sino a garantizarlo, lo que en modo alguno permite a un historiador predecir lo que hubiera ocurrido finalmente de haberse producido. La situación era más difícil de lo que parecía, como el mismo jefe de Estado Mayor comprobó en aquellas horas de la mañana en que, reunido el Consejo de Ministros, se produjo el «derrumbamiento de Portela». El jefe del Ejecutivo, en efecto, comenzó presentando su dimisión, que Alcalá Zamora rechazó. Portela había entablado ya conversaciones con los dirigentes de los partidos vencedores, revelando a Largo Caballero el extremo de debilidad en que el Gobierno se hallaba: el poder estaba al alcance de la mano; sólo quedaba averiguar quién iba a ser más rápido.[28]

«Por cuanto afectaba a los mandos militares de la guarnición, llamé a los generales Goded y (Rodríguez del) Barrio, el primero de los cuales me había reiterado con vehemencia contar con la incondicionalidad de determinados Regimientos y el segundo era General Inspector de la Región y también parecía contar con otro de los Jefes clave para un momento de gravedad. A uno y otro requerí para que cumpliesen su ofrecimiento y asegurasen y comprobasen si se podía contar incondicionalmente con aquellas fuerzas si llegaba a hacerse necesario. Por mi parte hice una gestión con otros dos Jefes de unidades armadas de cuya incondicionalidad para el servicio de la Patria no dudaba. No tardaron estos Generales en regresar de sus gestiones con la cabeza baja. Aquellos Jefes consideraban que hacía falta que los acontecimientos precediesen a la decisión, y en todo caso consideraban necesario se contase con los guardias de Asalto y la Guardia Civil. Todo descansaba en que las órdenes viniesen desde arriba».

«La necesidad de prevenir el optimismo e inconsciencia del General Director de la Guardia Civil me inclinó a llamar a un oficial, yerno y secretario suyo, que por haber servido a mis órdenes en campaña me debía las máximas distinciones de su carrera, al evitar con mi intervención la injusti-

cia de que era objeto, le creía unido a mí por lazos de afecto y gratitud. Acudió a mi llamada y le hice ver mi sorpresa ante el optimismo de su suegro ante la situación que podía crearse y mi temor de que pudieran ser rebasadas sus fuerzas si no se tomaban precauciones, que se acordasen de Kerenski y que las primeras víctimas de la revolución serían las fuerzas de la Guardia Civil odiadas por el comunismo y los revolucionarios. Que lo único que yo deseaba era que estuvieran prevenidos y atentos a los acontecimientos con las fuerzas en la mano y en coordinación. Pareció darse por convencido y que influiría en su suegro en ese sentido».[29]

4. «No tardó en volver mi viejo amigo D. Natalio; su gestión había sido muy fácil; era cierto el estado de vacilación del Presidente abrumado por su responsabilidad y sin saber qué partido tomar. El formar D. Natalio en la conjunción electoral del propio Presidente que agrupaba a los republicanos del centro, le daba con la vieja relación autoridad para preguntarle si había tomado contacto con los elementos armados, si había hablado con el Jefe del Estado Mayor del Ejército, general Franco. Le dijo que no se había atrevido, que tal vez no acudiría si le llamaba. Le replicó que el general Franco era un patriota ante todo, que si quería él se comprometía a conseguirlo, lo que rápidamente aceptó el Presidente Portela y se concertó la entrevista para las doce».

«En la reunión del Consejo de Ministros que había provocado el ministro de la Guerra por consejo mío, éste leyó una nota clara que yo le había preparado sobre la situación y la necesidad urgente de obrar. La cuestión era tan clara que el Consejo decidió la declaración inmediata del Estado de guerra como a mí me lo comunicó el propio Ministro por teléfono. No habían pasado cinco minutos cuando la orden que en previsión tenía preparada fue transmitida a las distintas regiones, adelantándoselo yo por teléfono directamente a Asturias y Barcelona como regiones más delicadas. Pero no había transcurrido una hora cuando, enterado el Presidente de la República al pasarle a la firma el decreto, se negó a firmarlo y ordenaron desde la Subsecretaría quedase sin efecto la orden y se diese un bando rectificándolo donde se hubiese declarado».

«Cuando, a las doce, llegué al despacho del Presidente del Gobierno, éste me recibió amablemente agradeciéndome el que hubiese acudido a su llamada. Pretendió justificarse por su fracaso en las elecciones, quería prestar un servicio a la nación y se encontró con este resultado. Que comprendía que la situación era gravísima, que él que era republicano había servido lealmente a la Monarquía y que si él hubiese estado de gobernante en la Monarquía el año 1931 no hubiese dejado pasar a la República como hombre responsable y de gobierno, pues una España monárquica o republicana era una España, pero que una España comunista no era una España sino su destrucción».

«En este momento yo le interrumpí para decirle: Así es, efectivamente, y por ello Vd. no puede dejar paso al comunismo. De otra manera contraería Vd. la más grave responsabilidad ante la historia, sería Vd. maldecido por las generaciones si consiente que el comunismo se apodere del poder. El Frente Popular es obra comunista para desencadenar la revolución desde el poder, a él serán arrastrados todos. Lo sé, lo sé, por eso vacilo.

– ¡No! ¡Vd. no puede vacilar! Es necesario decidirse.

– Pues yo vacilo porque estoy viejo. Cuando el Sr. Presidente me empujaba no vacilaba aunque él lo creyese, pero era antes. Vacilo, ¿qué puedo hacer yo a los setenta años? ¿Si sólo tuviese cincuenta y seis?

Yo tengo cuarenta y tres para ayudarle...».

De esta manera brusca se interrumpen las notas manuscritas en que Franco volcaba sus recuerdos. Los biógrafos del Generalísimo añaden datos de gran importancia. Perece que en un momento de la entrevista, Portela preguntó al general por qué no operaba el Ejército, de propia iniciativa, pero él respondió que sólo el Gobierno ejercía legalmente el poder y de lo que se trataba, precisamente, era de salvar la legalidad republicana.[30] Portela no dio ninguna respuesta: necesitaba de la noche para llegar a una resolución.

5. Esa resolución consistió en insistir en la dimisión: la negativa de Alcalá Zamora a firmar el decreto del Estado de Guerra le colocaba en la postura insostenible de quien se encuentra entre las masas lanzadas a la calle y el Ejército, que sólo contemplaba la posibilidad de un golpe de Estado. Según Lerroux tomó el camino menos comprometido, el de la retirada.[31] La noche del 17 al 18 de febrero se convirtió en la más dramáticamente decisiva de la Historia de España; muchas muertes, muchos sufrimientos, muchas pérdidas materiales sobrevinieron a causa de lo que entonces se hizo. Difícilmente hubiera podido Portela Valladares hacer otra cosa, salvo colocarse al frente del golpe militar, lo que iba contra su conciencia. Pero la orden de Alcalá Zamora para que se anulase la proclamación del Estado de Guerra en Oviedo y Alicante, donde ya había sido anunciado, desautorizaba de tal modo al jefe del Gabinete y a su ministro de la Guerra, que no les dejaba otra opción que dimitir.

Ante la decisión, ahora inquebrantable, de Portela, Alcalá Zamora tomó la suya consistente en encargar a Azaña que sin demora se hiciese cargo del poder. De este modo se prejuzgaba el resultado definitivo de unas elecciones que aún no habían concluido. Diego Martínez Barrio, aun militando en el Frente Popular, se dio cuenta de las falacias que podía revestir esta solución pues teñía de ilegitimidad todo cuanto entonces se hiciera: una facción triunfante no puede sustraerse a la tentación de utilizar el poder en su provecho. Por eso en la tarde del martes 18 de febrero trató de convencer a Portela de que su deber le obligaba a permanecer en el cargo una semana más.

Esta conversación de Portela con Martínez Barrio fue interrumpida por la llegada de los generales Sebastián Pozas y Miguel Núñez de Prado: dijeron al Presidente que, habiendo oído que los militares preparaban un golpe de Estado, venían a ofrecerle el apoyo incondicional de la Guardia Civil y Policía de Asalto: acusaban a Franco y a Goded de tales intenciones. Portela se estremeció. Llamó directamente a Azaña pidiéndole que acelerara los trámites para formar el Gobierno que don Niceto le había pedido: «para mañana mismo, ¿estamos?; luego podría ser tarde». Lo que no impedirá a Azaña formular más tarde un juicio durísimo acerca de Portela: «ha tirado el poder, sin reparar en las consecuencias».[32] El pánico estaba justificado: el lunes 24 de febrero, anunciando su victoria, *Mundo Obrero* reclamaba el encarcelamiento de los «verdugos» de octubre entre los que destacaba a Lerroux y Gil Robles.[33]

En la mañana del 19 de febrero de 1936, *El Socialista* publicó la noticia, que le constaba era falsa, de que Goded y Franco habían sido detenidos porque preparaban el golpe de Estado. Ya no se detenía el PSOE, en la firme mano de Largo Caballero, en amenazar directamente a las personas. Franco, indignado, volvió a entrevistarse con Portela Valladares a las dos y media de la tarde para exigir un desmentido oficial. La nota enviada por el Gobierno sólo fue publicada el día 20 en el diario *ABC* porque los periódicos liberales y marxistas se negaron: la mentira tenía que prevalecer sobre la verdad si aquélla favorecía los propósitos.

El 19 de febrero Portela Valladares abandonó su puesto refugiándose en su finca de La Moraleja. Allí acudió Gil Robles para convencerle de que desistiera. Todo inútil: aquella tarde Azaña formaba Gobierno, sin Cortes que lo respaldasen, pero contando con la colaboración del Presidente de la República que se lo había pedido. Don Manuel es muy crítico consigo mismo y con los demás cuando, en sus *Memorias*, reconoce que había recogido el poder de en medio del arroyo. Masquelet, cuya actitud es sobradamente conocida, era el nuevo ministro de la Guerra.

Franco asistió, con todos los mandos, a la toma de posesión del nuevo ministro. En nombre de todos, Eduardo López Ochoa ofreció unas palabras de adhesión extensivas al Ejército. Inmediatamente Masquelet firmó dos órdenes: destituyendo a Franco y a Goded de sus mandos, les destinaba respectivamente a las comandancias militares de Canarias y de Baleares. «Destierro a Canarias = destierro»; así lo anotó después el Generalísimo. También Mola fue relevado en el mando de las tropas de Marruecos y enviado al Gobierno Militar de Pamplona.[34]

Al término de esta, por fuerza, larga exposición, imprescindible para la comprensión de lo que vino después, algunas consideraciones deben hacerse: Hasta 1936, Franco se había abstenido de cualquier definición política de orden pragmático aunque su condición de católico, monárquico y de derechas parecía a todos claramente establecida. Sin embargo, él afirmaba de sí mismo que anteponía su obediencia al Ejército y su lealtad a España a cualquier otra consideración: por eso después del 14 de abril de 1931 decidió permanecer en sus filas acatando las órdenes sin mostrar descontento por los perjuicios que estas órdenes significaban. Incluso en los días 17 a 19 de febrero de 1936 en que tan fuerte fue la tentación de provocar un golpe de Estado militar, él se jactó de que no había pretendido otra cosa que mantener a las autoridades legítimas en el poder, evitando que, como cinco años antes, fuesen derribadas por los motines y asonadas callejeras.

De ahí que, tras el 21 de febrero, adoptara la actitud correcta de quien se dispone a obedecer. De acuerdo con las normas, pidió audiencia de despedida antes de incorporarse a su nuevo destino tanto al Presidente de la República como al del Gobierno, Azaña. De la segunda no tenemos ninguna noticia; con toda probabilidad fue meramente protocolaria. Pero Franco comentó luego con sus biógrafos cómo había discurrido la audiencia con Alcalá Zamora. Este último se sintió obligado a pronunciar unas palabras amables y tranquilizadoras, reprochándole los temores que acerca de una revolución comunista había llegado a sentir: «– Váyase tranquilo, general, que en España no habrá comunismo».

A lo que Franco replicó: «– donde yo esté, no habrá comunismo».[35]

Notas al capítulo 12.

[1] *Apuntes*, p. 23.

[2] Los informes enviados desde la Entente fueron tres, uno muy general acerca de los planes presentados en el Congreso acerca de los proyectos de bolchevización en Asia y África. La «larga marcha» de Mao terminó en 1935. Los otros dos se referían exclusivamente a España e incorporaban los artículos y comentarios de *Pravda* sobre las reuniones.

[3] Hay una coincidencia entre las memorias de Gil Robles, *No fue posible la paz*, p. 364, los datos que proporcionó verbalmente Franco a Ricardo de La Cierva, sus conversaciones con el general Franco-Salgado y las anotaciones personales del Generalísimo.

[4] Con detalle puede verse también esta cuestión en R. de La Cierva, *Franco*, pp. 136-137. En general los historiadores omiten cualquier referencia a ella.

[5] J. M.ª Gil Robles, *No fue posible...*, pp. 376-377. De la mencionada carta de Franco, que incluye, son estas frases: «cualquier acción en aquellos momentos estaba condenada al fracaso por injustificada»; el Ejército «aspiraba a que (España) se salvase a ser posible por los cauces legales».

[6] Respondiendo, el 14 de enero de 1936, a la felicitación navideña que su amigo Antonio León Manjón le dirigiera, Franco escribió: «por aquí continúo en mi destino y no creo que me muevan».

[7] *Apuntes*, pp. 23-24.

[8] Para ilustrar su argumentación, Franco contó la anécdota de la propuesta de tres candidatos de méritos prácticamente iguales para ocupar un puesto y cómo el ministro no designó al que le recomendaba su Partido, sino por consejo de Franco, al de mayor antigüedad, J. Arrarás, *Franco*, p. 203.

[9] *Apuntes*, p. 24.

[10] «Durante el año 1934, sea como resultado del ejemplo del PCF, sea porque Stalin se dio cuenta de que la revolución nazi en Alemania sería de larga duración, el movimiento comunista internacional lanzó la idea de un Frente Popular que uniese a comunistas, socialistas y liberales burgueses en un esfuerzo común de resistencia a la expansión del fascismo». James Joll, *Centi anni d'Europa, 1870-1970*, II, Bari, 1980, p. 451.

[11] Franco tuvo una versión francesa de este editorial en que se afirmaba que tras la victoria del Frente Popular tendría lugar el paso revolucionario a la dictadura del proletariado. En conversación con su biógrafo, G. Hills, *Franco*, pp. 206-207, le confesó que no estaba muy seguro entonces de que el Frente Popular pudiera triunfar.

[12] R. de La Cierva, *Historia del socialismo*, pp. 123-130.

[13] M. Azaña, *Obras Completas*, III, pp. 592-602, ha publicado las más importantes cartas que se cruzaron entre él y Prieto.

[14] Un dato importante, subrayado por J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, pp. 1.182-1.183, es el apoyo prestado a Calvo Sotelo por el grupo de Acción Española.

[15] La cifra no es exacta. Como es costumbre en estos casos se escogió por razones eufónicas. La población reclusa total en este año era de 35.000 personas; no parece posible admitir que hubiera sólo 5.000 presos comunes. Sabemos que en 1933 el número de estos últimos, incluyendo hombres y mujeres, era de 12.574, de modo que tenemos que admitir, como máximo, 20.000

[16] *Apuntes*, pp. 24-25.

[17] J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, pp. 1.190-1.191.

[18] Noticias confirmadas, todas éstas por el propio Franco a G. Hills, *op. cit.*, p. 210.

[19] Podemos adelantar que los historiadores serios dan por seguro que el número de votos obtenido por cada uno de los bloques era bastante semejante, de modo que sólo el mecanismo electoral de los distritos y compensaciones podía convertir una opinión dividida en partes aproximadamente iguales en dominio total de una parte sobre la otra. Si las Cortes se hubiesen constituido de acuerdo con el número de votos, la Cámara habría estado compuesta por dos bloques casi iguales, por debajo del 40% cada uno con un centro que unido al PNV hubiera actuado como eje de decisión. J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, pp. 1.251-1.253.

[20] Este aspecto fue ya explicado por Cl. Martín, *op. cit.*, pp. 137-142.

[21] Este sistema de listas abiertas permitía a cada elector señalar un número de candidatos, entre dos y diez según el distrito en que se hallara inscrito, colocándolos además en el orden que le pareciese deseable sin tener en cuenta el asignado por cada partido. Ni siquiera tenía que votar dentro del mismo grupo, de modo que podía incluir simultáneamente candidatos de derechas y de izquierdas. En estas circunstancias es imposible asegurar de modo absoluto cuál era el origen de los votos. Por otra parte había primas en favor de los que hubiesen obtenido la mayoría como si el propósito del legislador fuese convertir mayorías relativas en absolutas a fin de garantizar el ejercicio del poder. En Lugo en una «candidatura republicana» figuraban radicales de Lerroux, azañistas y otros, excluyendo a la CEDA, socialistas y comunistas. En Badajoz hubo más votos que votantes, sin duda porque los censos estaban mal hechos. En estas circunstancias, ¿cuáles son los datos fehacientes que poseemos?

Empezando por las cifras oficiales éstas son muy desiguales. El 20 de febrero, cuando se hizo el primer anuncio, se asignaban al Frente Popular 3.912.086 votos, de un total de 8.566.051. Pero el 1 de marzo la cifra se había elevado a 4.450.000, y el día último de dicho mes se dijo que definitivamente eran 4.838.449. Los índices de abstención fueron elevados: los votos emitidos, a pesar de los abusos evidentes, representaron el 71,81% del censo. Las derechas alegaron que muchos de sus votantes se abstuvieron bajo amenaza, pero este recurso de propaganda no puede ser considerado como una dato fidedigno

Recogemos aquí cuatro estimaciones, que no proceden de opiniones próximas o favorables a Franco, pero que son las que han utilizado mejor aparato crítico. Proceden de Hugh Thomas, *Historia de la Guerra Civil Española,* París, 1962; J. M.ª Gil Robles, *No fue posible la paz;* J. Tusell, *Las elecciones del Frente Popular,* II, Madrid, 1971, y R. Salas Larrazábal, *Los datos exactos de la Guerra Civil,* Madrid, 1980.

	F. Popular	Derecha	Centro	PNV
H. Thomas	4.654.116	4.503.505	526.615	
Gil Robles	3.912.086	4.187.571		
Tusell	4.654.116	4.503.505	400.901	125.714
Salas Larrazábal	4.430.322	4.511.931	682.509	

Otros autores esgrimen cifras más exageradas y en modo alguno apoyadas en datos fehacientes. De acuerdo con la ley electoral vigente era posible que un partido con menos votos, pero mejor distribuidos, sacara ventaja a otro con más, pero concentrados en algunos puntos. Ello no obsta para este argumento: si se hubiera tratado de un plebiscito, el Frente Popular lo habría perdido.

[22] Falange Española obtuvo 40.000 votos y ni un solo diputado. José Antonio dijo que teniendo en cuenta que sus adheridos eran jóvenes y aún no podían votar contaba con una fuerza de 100.000 adheridos, lo que a nivel de partidos era mucho. La destrucción de Falange fue uno de los primeros objetivos del Frente Popular. Stanley G. Payne, p. 79.

[23] Hay un testimonio irrefutable que presenta Cl. Sánchez Albornoz en *Mi testamento político,* p. 50. En junio de 1936 estaba con su jefe y correligionarios en La Quinta, residencia del Presidente de la República. La violencia había llegado a tal punto que Azaña exclamó: «bueno, ya estamos listos para que nos fusilen»; se habló entonces de recurrir a una dictadura para salvar a la República de la revolución que amenazaba. «El acuerdo para ir a la dictadura republicana, fue propuesto por Giral, nada sospechoso de conservadurismo y fue adoptado por unánime y razonada decisión de los primates del partido y por el mismo Azaña».

[24] Los datos de testigos próximos a Franco son recogidos por Fernando de Valdesoto, pp. 105-106, y J. Arrarás, *Franco*, p. 288. Los de los otros autores, Gil Robles, Alcalá Zamora, Añaza y Cabanellas en R. de La Cierva, *Franco*, pp. 138-140.

[25] *Apuntes*, p. 25.

[26] Gil Robles, *No fue posible...*, p. 493, dice que estuvo presente en el momento en que Portela llamó al Presidente, pero que no pudo oír la respuesta.

[27] Esta gestión, que daría origen a esa dura nota que escribió Franco —«traición de Pozas»— es confirmada por J. Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español*, Méjico, 1973, p. 48, que añade que Pozas dio cuenta inmediata de la entrevista a Portela Valladares. R. de La Cierva, *Franco*, p. 138, nota 190, ha señalado cómo todas las fuentes que poseemos acerca de estos acontecimientos son coincidentes y por ello permiten confiar en la exactitud de la reconstrucción.

[28] J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, p. 1.258.

[29] *Apuntes*, pp. 28-29.

[30] No poseemos de esta entrevista más versión que la de los biógrafos favorables a Franco, Arrarás, pp. 229-231, y de Gil Robles, p. 492 y ss. Portela Valladares no ha dejado testimonio alguno.

[31] Importante la versión que da Alejandro Lerroux, *La pequeña historia*, Madrid, 1963, p. 552.

[32] Importante comentario de este trozo de las *Memorias* de Azaña en J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, p. 1.259.

[33] Facsímil de esa página en R. de La Cierva, *Guerra Civil*, I, p. 217.

[34] Según declaró Lázaro Muñoz en 1940, Goded salió de Madrid el 28 de febrero. Pocas horas antes había tratado de convencer a los coroneles del Cuartel de la Montaña para que se sublevasen. Durante el viaje tanteó a otros militares porque pensaba en una conspiración. No sabemos si mantuvo estos contactos con Franco.

[35] J. Arrarás, *Franco*, p. 233. Ningún otro autor o documento corrobora la noticia de esta entrevista.